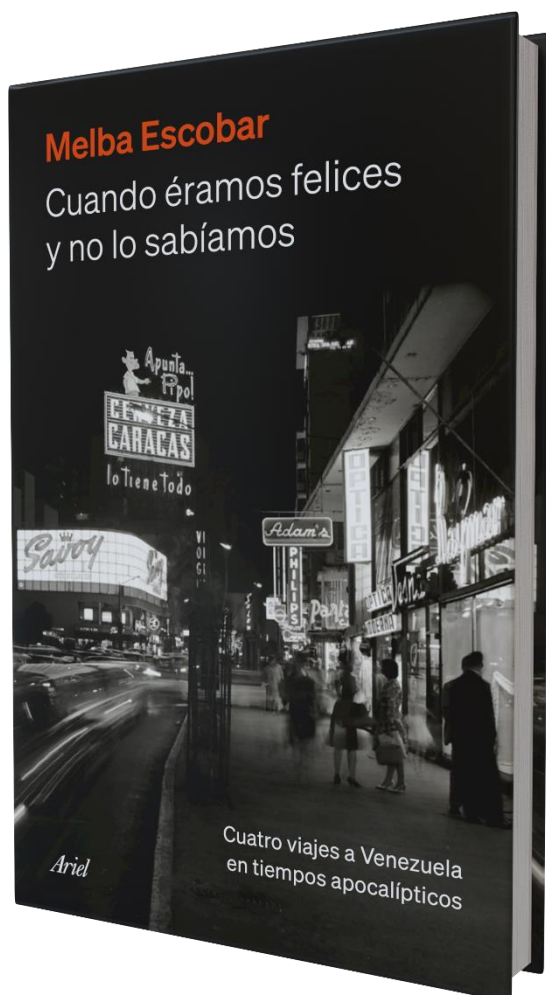


Ariel



**MELBA
ESCOBAR**

**CUANDO
ÉRAMOS FELICES
Y NO LO
SABÍAMOS**

**Cuatro viajes a Venezuela
en tiempos apocalípticos**

A LA VENTA EL 8 DE JUNIO

AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

*Material embargado hasta su publicación

Para ampliar información, contactar con:

**Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980 / espas@planeta.es**

SINOPSIS

Este no es un libro sobre política. Tampoco es un reportaje o un análisis sociológico. Es la crónica de una escritora que intenta entender qué sucede cuando se vive en un prolongado estado de emergencia; qué pasa cuando la vida sigue, a pesar de todo, y las personas se resignan a vivirla en medio de los escombros.

Huyendo de los grandes discursos políticos o los titulares de prensa, esta obra nos muestra el día a día de los venezolanos y, con ello, los efectos del Estado en la vida cotidiana. A partir de cuatro viajes de Colombia a Venezuela, Melba Escobar nos revela, de forma extraordinaria, otra geografía: la del hombre del barrio popular o la mujer de clase media que subsisten en medio de la grave crisis económica y política; y la de quienes se han visto obligados a emigrar y sobreviven en condiciones extremas. Se trata de una mirada al poder de los seres humanos para darle un sentido renovado a las cosas, sacar fuerzas de donde no hay y reinventar el presente.

Cargado de humanidad y respeto por el otro, este libro, que discurre por entero a partir del diálogo con la gente de a pie, nos habla no solo de Venezuela, sino también de las consecuencias de la erosión de la democracia en el quehacer diario de la población, una realidad premonitoria para muchos otros países.

«Una indagación apasionada de uno de los grandes misterios contemporáneos: Venezuela.» Martín Caparrós

LA AUTORA

Melba Escobar es una periodista y escritora colombiana. Columnista de *El Tiempo* y colaboradora en medios como *El País*, entre sus novelas más recientes destacan *La Casa de la Belleza* y *La mujer que hablaba sola*. Es también autora del relato juvenil *Johnny y el mar*, destacado en el prestigioso catálogo *White Ravens* de la International Youth Library de Múnich.



EXTRACTOS DE LA OBRA

PRÓLOGO

«Melba Escobar cuenta, en las páginas del libro que usted, lector, está a punto de comenzar, cuatro viajes que en realidad constituyen un único periplo. Un periplo físico: la escritora viaja. Pero también espiritual: ese viaje la cambia. Se trata, *prima facie*, de una aproximación a Venezuela —sé bien que una *aproximación* resulta impreciso, pero igual lo escribo, a falta de un término más ajustado—; una aproximación, digo, a los venezolanos en Venezuela, a los inmigrantes venezolanos en Colombia, a los inmigrantes colombianos en Venezuela, a los inmigrantes en todas partes. En resumen: una aproximación al *otro*, a la alteridad de los demás. Sólo que, al avanzar el relato, vamos intuyendo que ese *otro* es quizá ella misma, o que ese *otro* quizá seamos también un poco nosotros mismos, de una manera misteriosa que no resulta fácil de explicar.»

«Casi cinco millones de venezolanos lo han abandonado todo. A este éxodo se le había bautizado con el estatus de «migrantes económicos». Hace un año empezaron a ser denominados como merecen por su condición de expulsados a la fuerza de su propio país: refugiados. Venezuela representa la peor crisis migratoria no causada por una guerra o un conflicto interno en el mundo.»

«Este libro es una invitación a perderse conmigo. A buscar, más allá de los grandes discursos políticos, históricos o noticiosos, qué pasa en la vida de las personas cuando se vive en un prolongado estado de emergencia.»

«Tenían diez veces más doctorados que nosotros, tenían un ingreso cercano al de Estados Unidos. Tenían el petróleo, la educación gratuita, un sistema de salud envidiable, el sol, las playas más bellas del sur, en fin, lo tenían todo. Pero ahora es otro momento. Ahora es más otro momento que nunca.»

PRIMER VIAJE. DE ESPEJO A ESPEJO: CARACAS

La chica de al lado

«Esas personas que dices, esos son los que pusieron a Chávez en el poder. Gente viciosa, gente que quería vivir de los subsidios nada más. Y qué decir de los que nacieron en el chavismo. No han trabajado nunca en su vida, por eso sólo saben pedir. Antes, mi país no era así. La gente trabajaba y vivía de su trabajo, como en todas partes. Pero Chávez acabó con eso. Esa gente no sabe trabajar, sólo quieren vivir de los otros.»

La señora Bechamel

«Saluda con calidez caribeña, mientras vamos a pagar el parqueadero me cuenta que está por llegar la señora Bechamel. Presumo que se refiere a Michelle Bachelet. Esperamos unos minutos en el parqueadero a cielo abierto, al otro lado de la reja donde los camarógrafos se enfilan con sus cámaras. [...] Una vez en el carro me dice que «ya vino la vieja a cobrar su oro.»

Petare

«No se puede tapar el sol con un dedo: tenemos una guerra. No estamos en las mejores condiciones, eso es verdad. Pero la guerra es económica. Los alimentos, ¡sí hay! Pero ¿qué está haciendo el empresario aquí en Venezuela? Subirle a los productos. Fíjese usted cuánto cuesta una bolsa CLAP, nada más veinticinco mil bolívares. En cambio vaya usted a un supermercado a

ver cuánto valen los mismos productos. Mientras que el Gobierno está tratando de ayudar al venezolano, el empresario está echando vainas.»

«[...] Pero en todo caso estamos mucho mejor que Colombia. Aquí por lo menos no tenemos esa güevonada de los estratos. [...]

—El que menos gana es estrato 1, y el que más gana es estrato 6 —digo—. Eso se marca en los recibos de los servicios y en principio es para que el 5 y 6 subsidien al 1 y 2, pero se ha convertido sobre todo en una manera de estigmatizar a la gente por su nivel de ingresos.

—Es una vaina aberrante —dice Pedro—. Degradante para el ser humano. Aquí no se ve eso de clasificar a la gente por sus ingresos.»

La Vega

«—¿Los enchufados? —responde un trabajador social que nos acompaña—. Esos son los intermediarios que cobran coimas por hacer trámites con el Gobierno, desde sacarte un pasaporte hasta ayudarte con la pensión. Los boliburgueses son esa mano de nuevos ricos del Gobierno que se portan como mafiosos y andan en camionetas blindadas y hacen sus casas cerca del Country Club.»

«Me piden que apague la grabadora. Entonces cuentan que la FAES (Fuerza de Acción Especial de la Policía Nacional Bolivariana), el escuadrón de policía criminalística de Maduro, se ha ido convirtiendo en un grupo armado violento que aterroriza a los venezolanos. Entran a las casas encapuchados, roban, matan, desaparecen personas. Se dice que las FAES están señaladas de decenas de muertes y cientos de detenciones desde que Guaidó fuera juramentado como presidente encargado.»

Kikiriwiki

«—Chávez es como el Pablo Escobar de aquí de Venezuela. Otro millonario que se volvió loco de riqueza y de poder y acabó jodiendo a su país lo más que pudo [...].»

«Le pido a Daniel que vayamos a ver el Country Club. Pasamos enfrente. Vemos los campos de golf y gente jugando. Vemos mansiones en los alrededores, resguardadas con muros y cámaras. Vemos camionetas blindadas, vemos guardaespaldas entre una exquisita vegetación tropical.»

SEGUNDO VIAJE. POSTAL DESDE EL PURGATORIO: MARACAIBO

Un refugio transitorio en la mitad del desierto

«Estoy entrando a un campo de refugiados. Así se llama. «Centro de Atención Integral para Refugiados», no para migrantes económicos.»

Paraguachón: punto fronterizo entre Venezuela y Colombia

«En el control de Colombia la fila toma unos veinte minutos. Son todos venezolanos sellando su entrada. Yo soy la única colombiana de salida, no me preguntan nada.»

«—¿Te crees que me voy a China? —Recuerdo haberle dicho en Bogotá—. Si es una dictadura caribeña. Más que el control total, el verdadero problema en Venezuela es el total descontrol.»

Criadero de pingüinos

«A través del cristal veo puestos de mesas cojas donde personas acaloradas y, algunas veces sucias, ponen botellas recicladas de Coca-Cola con gasolina ilegal a la venta. Caminan unos junto

a otros en un comercio que parece infinito. Esto ocurre porque la gasolina en Venezuela es casi gratuita, entonces vienen los colombianos a la frontera a comprarla a precios bajos. La basura está por todas partes. Cuando pasamos por un poblado la gente se arroja al carro a ofrecer cualquier tipo de mercancía.»

«Tengo un par de citas concertadas, las otras debo programarlas. Llamo a Pavel Rondón, experto en la relación fronteriza entre Venezuela y Colombia, quien me dio el contacto del profesor Carlos Valbuena y de Yajaira Marcano, ambos investigadores en temas de derechos humanos en la frontera. Le cuento a ella que estaré en Maracaibo cuatro días, y le pregunto qué me recomienda visitar.

—Te recomiendo que te encierres en tu hotel y no salgas. Creo que eso es lo mejor que puedes hacer.»

Ni los muertos descansan en paz

«Las calles están llenas de Ford Galaxy, Capri, Conquistador, Mercury, carros viejísimos.

—¿Y esos vejstorios de carros?

—Consumen toneladas de gasolina, pero como la gasolina es gratis... por eso los desempolvaron para ponerlos a rodar.

—¿Y sí es gratis?

—Sí, pero te puedes pasar dos días en las colas. ¿Quieres ver una?

Pasamos frente a una gasolinera. La cola es de unas cuatro cuadras. ¿Cien vehículos en fila? No sé. Demasiados.

—¿Y ves los guardias? Ahora se vienen a las gasolineras dizque a «cuidar del orden». A lo que vienen es a cobrar coimas para pasar a quienes les pagan por «la fila vip». ¿Ves ese carro que está ahí? Ese seguro le soltó un verde al guardia.

—¿Y nadie hace nada?

—Pero ¿quién? Si ellos mismos son la autoridad.»

«—Además de acabar con tantos establecimientos, hasta profanaron las tumbas.

—¿Cómo?

—¿Vamos a verlo? Estamos cerca.

Vamos al lugar. El cementerio es un reguero de losas rotas desperdigadas por todos lados, mezcladas con la tierra. Me bajo del carro, quiero mirar, como si ver me fuera a ayudar a entender algo tan espantoso. [...]

—¿Y qué buscan?

—Las prendas de los muertos, los accesorios, las joyas.

El cementerio El Cuadrado tiene los nichos y féretros hechos trizas. Los pocos que aún se conservan es porque les han puesto una jaula de barrotes de hierro para blindar la sepultura.»

«—¿Y la comida cuándo empezó a escasear?

—En el 2015. Entonces el gobernador Arias Cárdenas trajo camiones con comida de Colombia. Fue ahí cuando muchos venezolanos empezaron a llevar mercancía a Colombia para traer comida. Llevaban sillas, plástico, cobre. Por esos días comenzaron a robarse los cables de la luz para cambiarlos por cobre. Los llevaban a Maicao, los vendían en pesos y se lo traían de vuelta en comida. Ya nadie tiene teléfono fijo, ni televisión por cable por que se han robado todo el cableado. Aquí llegó el momento que te vendían hasta el efectivo.»

Otras caras de la guerra

«—Sólo han visto la pólvora en las fiestas patronales y la sangre cuando a sus mujeres les llega la regla. Eso es todo lo que han visto de guerra nuestros generales. En Colombia, cónchale, cuánto tiempo tienen combatiendo a la guerrilla, ganan sus condecoraciones sobre la base de la lucha, ese es otro cuento.»

Héroes a caballo

«El que dibujó la línea divisoria entre Colombia y Venezuela en la frontera norte falló en el trazo. Parece hecha con acuarela, no sé, en todo caso lo que está dibujado ahí no es. Hay que pensar la frontera, pero como una coladera. Hay que pensarla con la imaginación de García Márquez.»

«—En lo que somos distintos es en el escenario político —digo—. Y en que Venezuela no tiene nada semejante a Bogotá.

—Fíjate que a Petro lo han querido comparar con Chávez, una cosa muy grave porque pudo haber sido el primer presidente de izquierda en Colombia, pero la derecha de aquí y también la colombiana encendieron todas las alarmas pensando que podría convertirse en otro Chávez. Pero es que Gustavo Petro no es un militar, es un intelectual.»

«[...] recuerdo un informe del diario ABC de España donde mostraban imágenes de Maracaibo que parecían salidas de Somalia. Tengo miedo a la porno-miseria y sé lo fácil que es caer en ella. Creo que estoy lo suficientemente aterrada con lo que he visto. Pero, sobre todo, creo que estoy documentando la cotidianeidad con la que me cruzo durante este trayecto. No me esfuerzo por ver lo que no quiero, tampoco lo que querría ver.»

TERCER VIAJE. IR DONDE NO QUIERO: SAN CRISTÓBAL

Después del uniforme

«Me encuentro en el lobby del hotel Casino Internacional de esta calurosa ciudad donde estoy esperando a Anderson y al capitán Fond, dos de los más de mil militares que han desertado de las Fuerzas Armadas venezolanas. [...] Nos sentamos en un sofá del lobby del hotel. Ambos van muy bien vestidos, la ropa impecable, el pelo bien cortado. Nada haría pensar que son vendedores ambulantes y que, con suerte, reúnen entre seis y diez mil pesos (tres dólares) diarios para subsistir. Si bien abandonaron la vida militar, hay cosas que no se pierden.»

Un supermercado a cielo abierto

«Difícil imaginar que hace tan sólo cuatro años, antes del 19 de agosto de 2015 en que Maduro cerró la frontera, la gente pasaba por aquí como Pedro por su casa. Como me contó Susana Quintero, venezolana directora de la Casa Museo Santander en Cúcuta: «Antes uno cruzaba la frontera para almorzar, para hacer mercado o para ir al cine. Solía ver qué había en cartelera aquí y en San Cristóbal, como si fueran dos zonas distintas de la misma ciudad.»

De San Cristóbal a Washington

«Este gobierno nos trata como el marido abusador a su esposa: ¿te estás quejando porque no hay agua? Ahora tampoco te doy luz. ¿Te molesta la falta de salud? Pues tampoco tendrás gasolina.»

Estamos todos bien

«—¿Ves por qué aquí no pasa nada? —sigue María

Alejandra—. Nos tienen demasiado ocupados tratando de poner gasolina, de conseguir comida, de conseguir agua, medicamentos. Así nadie sale a protestar.

—Eso, y que estamos aislados. Para el Gobierno mejor, así pueden manejar libremente sus negocios al margen de la ley.»

«Mamá moría y yo estaba aquí, en un mundo donde todos añoraban a sus seres queridos, su abrazo, su aliento. ¿Por qué entonces si tenía la fortuna de tenerles me escapaba? ¿De qué huía, por qué lo hacía?»

La vieja normalidad

«Y supongo que a quienes nos ha tocado en suerte nacer en países sufridores nos toca cohabitar con la desgracia. En La Guajira, Colombia, ha habido verdaderas hambrunas, no sólo en Sudán. Y no por eso han cerrado los restaurantes, no por eso deja uno de disfrutar de un buen vino. Por mucho que nos creamos muy evolucionados, en pleno siglo XXI, el hambre sigue matando gente a lo largo y ancho del planeta, sigue sosteniendo guerras y propagando nuevos modelos de esclavitud. Sobrevivimos.»

CUARTO VIAJE. Y LA VIDA SIGUE: CARACAS

Ahí viene la turista

«Entonces no sabíamos que era eso justamente lo que iba a ocurrir durante de la pandemia. La gasolina se acabó. En la República petrolera se acabó la gasolina. Ja. Otra señal de que el mundo se va a acabar o se está acabando. Al menos el mundo tal como lo conocemos.»

El cuarto de los temblores

«Jacqueline dijo que en medio de ese relato de sufrimientos que yo elaboraba, había que tener mucho cuidado de no caer en la trampa de atribuirle rasgos heroicos a quien se guerrea la subsistencia en condiciones extremas: «Porque no lo hemos elegido, no hemos elegido este destino, nos lo han impuesto».»

La casa que vence la sombra

«Cuando uno piensa en Venezuela desde el otro lado de la frontera, jamás se le ocurriría imaginar un salón de clases lleno de gente hablando de la cocina del siglo XX.»

Conversaciones en la cocina

«[...] Uno ha vivido progresivamente los cambios, ha sabido adaptarse y sobrellevar aun lo más difícil, pero eso es algo que ya no comprende quien lleva tiempo fuera. Los que han partido pudiesen nombrarse como «los emigrados», «los idos», pero entonces ¿cómo nos llamamos nosotros? ¿«Los quedados»? Con eso trató de insultarme una escritora venezolana que emigró a México. «El quedado» suena a mediocre, a quien no tuvo la capacidad de vislumbrar el futuro y huir.»

«[...] De hecho, tuve una discusión con una periodista que me dijo: «¿Cómo no has sacado a tu hijo de aquí? Eres una mala madre». Pero ¿es que sabes lo que cuesta tener un hijo en España, en Francia, en otro país de América Latina? Siempre me digo que voy a empezar a llevar en mi monedero un papelito con el número de mi cuenta bancaria y si me vuelven a llamar mala madre, saco el papelito para que sepan dónde girarme los mil euros que necesitaría mensualmente para mantener a Santiago en Madrid, por ejemplo.»

El enemigo imaginario

«—La hija de un compañero de Rafa fue a una marcha de la oposición y estuvo cinco días presa. A mí me da terror que vengan a golpear, maltratar hasta matar o desaparecer a los muchachos.»

«[...] Gente que madruga a trabajar para traer la comida a su casa. Ahí está la esperanza, en ver a quienes, a pesar de todo lo que está pasando, seguimos haciendo lo mejor que podemos sin perder la dignidad.»

“Los alimentos son la quine economía ilegal de este país”

«—¿Lo que ocurre hoy día en Venezuela es un crimen alimentario de Estado?»

—Están catalogados así, e incluso ojalá tuviéramos tiempo más adelante para documentarlo con juristas. Pero fíjate que en mi tiempo en Birmania podía hacer trabajo humanitario con más flexibilidad. [...] En Venezuela la acción humanitaria todavía enfrenta restricciones, de movilidad, de permiso de libre información.»

«—¿Sabes que hay una cosa que se llama el índice del olvido? Lo dan tres indicadores, la proporción de los fondos humanitarios que se logra alcanzar en relación con los que se requieren para atender la emergencia, la presencia de organizaciones y de actores en la respuesta a la emergencia, y la cobertura mediática. Por eso es que yo siempre que pueda voy con ustedes, los periodistas tienen un papel fundamental frente a una emergencia: mantener vivo el relato de la necesidad.»

“Sonrían, chicas, ¡como si hubiera caído Maduro!”

«La zona llamada El Hatillo se parece a Rionegro, en las afueras de Medellín, en Colombia. Es moderno, se ve próspero [...] Gabriela cuenta que al municipio le quitaron el metrobús, como una forma de castigar a la oposición. [...] Pero las mansiones no se parecen ni a las casonas que uno vería en el barrio más costoso de Bogotá. Las riquezas que se ven en Caracas no son comparables. Cuando veo estos sectores, pienso que hasta los ricos colombianos se ven pobres junto a los de Venezuela.»

Y la vida sigue

«Al final, el arte es siempre fértil en tiempos inciertos. Un territorio donde sembrar las dudas para verlas madurar. [...] Pasan cosas en Caracas, cosas asombrosas, vibrantes, inspiradoras también.»

«En un país donde los medios están controlados por el Gobierno, el internet es malo, el papel es tan escaso que ya no quedan medios impresos, El Bus TV surge como una iniciativa para llevarle información libre de censura a la gente [...].»

«En 2017, cuando hubo más de 120 muertos por la represión policial durante las protestas, la mayoría de ellos jóvenes estudiantes, la censura empezó a tomar fuerza. Nicolás Maduro había comprado Globovisión, Últimas Noticias y El Universal, un canal y dos grandes periódicos de circulación nacional. La desinformación se convertía en un creciente problema.»

El Bus Tv, ruta Antímamo, Caracas

«Solo al ver el marco de la TV, el motorista pregunta si sabemos a cómo está el caucho.

—Sí, sí —dice Catherine—, también sobre eso le traemos información.

Nos subimos las tres. En el primer viaje, me siento en uno de los puestos traseros para mirar la puesta en escena. Laura le sostiene el marco de cartón, mientras Catherine lee el guion de noticias encuadrada dentro de la pantalla imaginaria. No tarda más de cinco minutos en ser leído.»

Donde no llega el asfalto

«Respecto al funcionamiento de las escuelas, me cuenta que desde hace más de cuatro décadas en Venezuela existe el Instituto Radiofónico de Fe y Alegría, un programa para dar las clases escolares por radio. Desde que comenzó la cuarentena en marzo, les resultó más bien sencillo migrar todos los procesos escolares de la fundación al formato radiofónico.»

Vengo del futuro

«Recuerdo cuando Jesús Pernaite me decía que el venezolano no podía darse el lujo de victimizarse. Me habló de liderazgos nacidos de la necesidad, «verdaderos liderazgos», dijo. Para

él, cuando ya no se tiene un gobierno, un partido, un conglomerado a quien culpar, no queda más remedio que hacerse cargo, ser fuerte.»

«Siento que pude hacer estos viajes y escribir este libro en gran medida porque no soy venezolana, porque no llevo el dolor y el amor por el país en el estómago hasta el punto en que me haya impedido vivir, escuchar y narrar lo que vi. Vuelvo a constatar que se aprende mirando y que todos y todas deberíamos mirar más seguido, más de cerca, y con un poco más de compasión.»

«Hice estos cuatro viajes a Venezuela para tratar de entender, para buscar una respuesta a la identidad de dos países hermanos, y terminé por encontrarme sobre todo conmigo, con mis ausencias, con mi duelo, con mi dificultad de conectar muchas veces con otros, con mis carencias como madre y mis traumas como hija.»

Ariel

Para ampliar información, contactar con:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980 / ecaspas@planeta.es